

# LA OBRA CREADORA

La historia del hombre sobre la tierra es testimonio constante de la verdad de aquellas palabras de San Pablo: Dios *quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad*<sup>1</sup>. Ya en los albores mismos de la historia, después de haber creado todas las cosas de la nada, Dios formó al hombre y, por decreto libre de su Voluntad, elevó su naturaleza al orden sobrenatural. A este amor generoso y paterno del Creador, el hombre correspondió con el pecado original, desafiante negación a los requerimientos divinos. Pero *el coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, fue maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo, que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación*<sup>2</sup>. Cuando llegó el momento establecido por Dios desde toda la eternidad, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*<sup>3</sup>. Por la vida y muerte de su Hijo, el Señor nos restableció de nuevo en la dignidad primera: *así que —dice San Pablo— ya no sois extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios*<sup>4</sup>. Y no contento con esto, sabiendo que una y otra vez los hombres se rebelarían a su amor,

---

(1) *1 Tim.* II, 4; (2) Paulo VI, enc. *Ecclesiam suam*, 6-VIII-1964, n. 52; (3) *Ioann.* I, 14; (4) *Ephes.* II, 19;

la misericordia de Jesucristo dejó en la tierra la Iglesia para que, a través de los sacramentos, la gracia de salvación ganada por su muerte de cruz acudiese a sanar, siempre que fuera necesario, las heridas causadas al alma por los pecados.

#### DIOS EN LA HISTORIA HUMANA

A cada infidelidad del hombre, Dios ha correspondido con un nuevo derroche de misericordia y de perdón. La historia humana es la de la salvación del hombre por Dios, que —según nos instruye la Iglesia— conocemos por la Revelación sobrenatural. Ciertamente que *la misma santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón partiendo de las cosas creadas, porque «las perfecciones invisibles de El se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas»*<sup>5</sup>. Sin embargo, plugo a su sabiduría y bondad revelar al género humano por otro camino, y éste sobrenatural, a sí mismo y los decretos eternos de su voluntad<sup>6</sup>. Según la fe de la Iglesia universal, solemnemente declarada en el Concilio de Trento y recogida por los dos Concilios Vaticanos, esta revelación sobrenatural, libremente realizada por Dios<sup>7</sup>, *se contiene en los libros escritos y en las tradiciones no escritas que, transmitidas como de mano en mano, han llegado hasta nosotros desde los Apóstoles, quienes las recibieron o bien de labios del mismo Cristo, o bien por inspiración del Espíritu Santo*<sup>8</sup>. La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios encomendado a la Iglesia, al que se adhiere todo el pueblo santo unido a sus pastores... Pero la función de interpretar auténticamente la palabra de Dios, escrita o tradicional, sólo ha sido confiada al magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en nombre de Jesucristo<sup>9</sup>. Todos los fieles deben prestar su asentimiento, externo e interno, a las decisiones del Magisterio de la Iglesia, única garantía de caminar en la verdad. Esta adhesión

(5) Rom. I, 20; (6) Concilio Vaticano I, const. dogm. *De fide catholica*, sess. III, cap. 2; (7) cfr. *ibid.*; (8) Concilio de Trento, sess. IV; cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *De fide catholica*, sess. III, cap. 2; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, nn. 7 y 8; (9) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 10; cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *De fide catholica*, sess. III, cap. 4;



da al cristiano una consoladora confianza. El fiel católico sabe que el Señor ha dado a los Apóstoles un mandato y una autoridad para enseñar lo que El mismo había enseñado; les ha dado el encargo de transmitir su Palabra. El fiel católico sabe que esta Palabra está unida al plan de la salvación. Acoger esa Palabra, es decir, la fe, es la condición fundamental para ser admitidos en las bienaventuranzas del reino de Dios. Sabe también que esta transmisión se realiza por medio de una asistencia, misteriosa y eficaz, del Espíritu Santo... y sabe que esa transmisión se cumple con aquella rigurosa fidelidad, que garantiza el sentido unívoco y estable del Mensaje divino, que llamamos Tradición. Es decir, sabe que se encuentra ante una misteriosa y maravillosa institución de la Bondad divina que, mediante este aparato humano y jerárquico, ha querido que la Revelación fuese recogida, custodiada, difundida en la humanidad. Nos encontramos siempre ante la idea general del plan divino, esto es, que la comunicación gratuita y sobrenatural de Dios a los hombres ha de tener como colaboradores, como instrumentos, como signos de su caridad, a los mismos hombres. Para los que han pasado por situaciones espirituales de todo género hasta alcanzar la certeza objetiva de la fe, el encuentro con el Magisterio eclesiástico proporciona, efectivamente, un sentimiento de acción de gracias a Dios, a Cristo, por haber confiado su mensaje salvífico a un órgano inequívoco y vivo, a un servicio cualificado, a una voz autorizada<sup>10</sup>.

En su Exhortación Apostólica del 22 de febrero, Paulo VI ha proclamado que el año centenario conmemorativo de los Santos Pedro y Pablo será «el año de la fe», y ha expresado su deseo de que se celebre con especiales conmemoraciones y solemnidades, dirigidas todas ellas al perfeccionamiento interior, al estudio profundo, a la profesión religiosa, al testimonio activo de aquella santa fe, sin la cual «es imposible agradar a Dios»<sup>11</sup> y mediante la cual esperamos alcanzar la salvación prometida<sup>12-13</sup>. Siguiendo el deseo del Papa, vamos a contemplar los principales acontecimientos de la historia de la salvación, realmente sucedidos

(10) Paulo VI, *alloc.* 11-I-1967; (11) *Hebr.* XI, 6; (12) *cfr.* *Matth.* XVI, 16; *Ephes.* II, 8; (13) Paulo VI, *Exhort. apost. Petrum et Paulum*, 22-II-1967;

en momentos concretos del acontecer humano. En esta doctrina podemos saborear una vez más el gozo de la fe<sup>14</sup>, el genuino sentido de la vida humana; encontramos a cada paso la huella magnífica del Amor divino. *¡Bendice, pues, alma mía a Yavé, y no olvides sus favores! El perdona tus pecados, El sana todas tus enfermedades. El rescata tu vida del sepulcro y derrama sobre tu cabeza gracia y misericordia...*<sup>15</sup>

#### CREACIÓN DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

*La Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, creador y señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprehensible, infinito en su entendimiento y voluntad y en toda perfección; el cual, siendo una sola substancia espiritual, singular, absolutamente simple e inmutable, debe ser predicado como distinto del mundo, real y esencialmente, felicísimo en sí y de sí, e inefablemente excelso por encima de todo lo que fuera de El mismo existe o puede ser concebido*<sup>16</sup>. Desde toda la eternidad, Dios reúne en sí la plenitud de todas las perfecciones. Nada necesita fuera de sí mismo, y nada hay que pueda aumentar un ápice su gloria. Sin embargo, por pura benevolencia, quiso comunicar su dicha infinita a otros seres fuera de El y decidió crear el mundo, de la nada. Precisamente, la Revelación se abre con esta afirmación tajante: *en el principio creó Dios cielos y tierra*<sup>17</sup>. Podía el hombre haber llegado a este conocimiento con su propia razón<sup>18</sup>; pero Dios mismo quiso revelarlo a fin de ayudar a la flaqueza de la inteligencia humana, que sólo con gran trabajo puede elevarse al conocimiento de estas profundas verdades naturales. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha ido precisando las características del acto creador y exponiéndolas como doctrina de fe: que fue libérrimo, que con él dio comienzo el tiempo, que nada existía previamente, que tiene como fin manifestar la infinita bondad de Dios. El Concilio Vaticano I expuso así esta

---

(14) *Philip.* I, 25; (15) *Ps.* CII, 2-4; (16) Concilio Vaticano I, const. dogm. *De fide catholica*, sess. III, cap. 1; (17) *Genes.* I, 1; cfr. *II Mac.* VII, 27 y 28; (18) cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *De fide catholica*, sess. III, cap. 2;



verdad basilar de la Fe Católica: *este solo verdadero Dios, por su bondad y poder omnipotente, no para aumentar su bienaventuranza ni para adquirirla, sino para manifestar su perfección por los bienes que reparte a la criatura, con libérrimo designio, «juntamente desde el principio del tiempo, creó de la nada a una y otra criatura, la espiritual y la corporal, esto es, la angélica y la mundana, y luego la humana, como común, constituida de espíritu y cuerpo»*<sup>19</sup>. Ahora bien, todo lo que Dios creó, con su providencia lo conserva y lo gobierna<sup>20</sup>, haciendo posible que las criaturas cumplan su fin último: afirmar, con su existencia, la misericordia de Dios y su grandeza: *los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos*<sup>21</sup>.

Después de narrar la universalidad de la Creación, la Sagrada Escritura va ilustrando, de modo didáctico, el origen de las diversas criaturas que pueblan la tierra. Cuando estuvo todo acabado, viendo Dios que *no había aún arbusto alguno en el campo, ni germinaba la tierra hierbas, por no haber todavía llovido Yavé Dios sobre la tierra, ni haber todavía hombre que la labrara*<sup>22</sup>, se dijo a sí mismo: *hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*<sup>23</sup>. Formó, pues, Yavé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado<sup>24</sup>. El relato bíblico enseña claramente y la fe católica nos manda sostener que las almas son creadas inmediatamente por Dios<sup>25</sup>. Sin embargo, el magisterio de la Iglesia no prohíbe que, según el estado actual de las ciencias humanas y de la sagrada teología, se trate en las investigaciones y disputas de los entendidos en uno y otro campo, de la doctrina del evolucionismo, en cuanto busca el origen del cuerpo humano en una materia viva y preexistente... con tal de que todos estén dispuestos a obedecer el juicio de la Iglesia, a quien Cristo encomendó el cargo de interpretar auténticamente la Sagrada Escritura y defender los dogmas de fe<sup>26</sup>.

---

(19) Concilio IV Letrán, cap. 1; (20) Const. dogm. *De fide catholica*, sess. III, cap. 1; (21) *Ps.* XVIII, 2; (22) *Genes.* II, 5 y 6; (23) *ibid.*, I, 26; (24) *ibid.*, II, 7; (25) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; cfr. Concilio I de Toledo, *Símbolo de fe*; San Atanasio II, epist. *Bonum atque iucundum*, 23-VIII-498; Juan XXII, const. *In agro dominico*, 27-III-1329, etc.; (26) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950;



En la persona de Adán, Dios hizo al hombre corona de la creación, para que dominase *sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella*<sup>27</sup>. Por eso le dotó de inteligencia y voluntad, de modo que libremente diera a su Creador una gloria mucho más excelente que la ofrecida por las criaturas irracionales. Pero su bondad fue todavía más allá. Llevado de su amor, quiso que la criatura racional participase de su misma naturaleza; que conociese de algún modo los misterios íntimos de su vida, que superaban absolutamente todas las exigencias naturales. Para este fin, Dios revistió gratuitamente<sup>28</sup> a Adán de la gracia santificante y de las virtudes y dones sobrenaturales, constituyéndole en santidad y justicia<sup>29</sup> y dándole capacidad para obrar sobrenaturalmente. Perfeccionó además su naturaleza con los dones, también gratuitos, de la inmunidad de la muerte, de la concupiscencia y de la ignorancia. El relato de la Escritura pone claramente de manifiesto la familiaridad del hombre con Dios en el paraíso<sup>30</sup>. Muestra también la ciencia que Adán poseía, recién creado, cuando hace notar que *dio nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo*<sup>31</sup>; y la inmunidad de la concupiscencia<sup>32</sup> y el don de la inmortalidad que Dios le ofrecía si guardaba sus preceptos<sup>33</sup>. Los doctores de la Iglesia han explicado comúnmente que esta rectitud de la naturaleza humana en el estado de justicia original provenía de la sujeción perfecta, libre, de la voluntad del hombre al Creador. El sometimiento a Dios era causa de la armonía entre cuerpo y alma, entre los apetitos y la razón. El hombre, fortalecido por estos dones, no podía engañarse al conocer y era así inmune de todo error. El cuerpo mismo gozaba de inmortalidad *no por virtud propia, sino por una fuerza sobrenatural impresa en el alma que preservaba el cuerpo de*

(27) *Genes.* I, 26; (28) cfr. San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567; Pío IX, Epist. *Gravissimas inter*, 11-XII-1862; Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (29) cfr. Concilio de Trento, sess. V, can. 1; Concilio de Quierzy, cap. 1; (30) cfr. *Genes.* III, 8; (31) *Genes.* II, 20; (32) cfr. *Genes.* II, 25; (33) cfr. *Genes.* II, 17; cfr. Concilio XVI de Cartago, cap. 1; Concilio de Trento, sess. V, can. 1; San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567; Pío VI, Const. *Auctorem fidei*, 28-VIII-1794;



la corrupción mientras estuviese unida a Dios<sup>34</sup>.

#### EL PECADO ORIGINAL

En Adán, Dios contemplaba a todo el género humano. El don de la justicia y de la santidad originales *había sido dado al primer hombre, no como a persona singular, sino como principio general de toda la naturaleza humana, de modo que, después de él, se propagase mediante la generación a todos los hombres posteriores*<sup>35</sup>. Todos hubiéramos nacido en amistad con Dios, embellecidos alma y cuerpo con las perfecciones otorgadas por el Señor. Y cuando El hubiera querido, habría confirmado a cada uno en la gracia, arrebatándole de la tierra sin dolor y sin pasar por el trance de la muerte, para hacerle gozar de la visión beatífica en el cielo.

Este era el plan divino: generoso sin medida. Para realizarlo, quiso Dios que el hombre cooperara libremente con la gracia. *El Señor es tan bueno que dejó en libertad al hombre. Le dejó con la capacidad de todas las virtudes, con su gracia; y con la triste capacidad de todos los defectos, de todas las aberraciones.* Puso una sola condición a Adán: *de todos los árboles del Paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres ciertamente morirás*<sup>36</sup>. Conocemos por revelación el triste desenlace de este precepto: el diablo mismo, bajo figura de serpiente, incitó a la primera mujer a transgredir el mandato divino: *cogió de su fruto y comió, y dio también de él a su marido, que también comió*<sup>37</sup>. Así, en la persona de Adán, *el hombre pecó por sugestión del diablo*<sup>38</sup> rechazando el designio divino de salvación. Inmediatamente que rompió su sujeción al Creador, la armonía que había en las potencias humanas se desintegró. Usando un modo gráfico de narrar estos hechos históricos<sup>39</sup>, la Escritura atestigua que en cuanto cometieron el pecado de desobediencia, *se abrieron los ojos de ambos, y viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos cinturones*<sup>40</sup>. Luego, conscientes de la ofensa hecha a Dios, *oyeron a Yavé Dios, que se paseaba*

(34) Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 97, a. 1; (35) Santo Tomás, *De malo*, q. 4, a. 1; (36) *Genes.* II, 17; (37) *Genes.* III, 6; (38) Concilio IV de Letrán, cap. 1; (39) cfr. *Respuestas de la Pontificia Comisión Bíblica*, 30-VI-1909, y *Carta al Cardenal Suhard*, 16-I-1948; (40) *Genes.* II, 7;



por el jardín al fresco del día, y se escondieron de Yavé Dios el hombre y su mujer, en medio de la arboleda del jardín <sup>41</sup>.

Así, con palabras sencillas, capaces de ser comprendidas por todos los hombres, Dios ha revelado el dogma del pecado original. La Iglesia lo ha sostenido firmemente a lo largo de la historia: en el Concilio de Cartago del año 418, en el Concilio II de Orange del año 529, en múltiples documentos de los Sumos Pontífices. Y lo reafirmó solemnemente en el Concilio de Trento: *el primer hombre, Adán, al transgredir el mandamiento de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que había sido constituido, e incurrió por la ofensa de esta prevaricación en la ira y en la indignación de Dios y, por tanto, en la muerte con que Dios antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder de aquel «que tiene el imperio de la muerte» <sup>42</sup>, es decir, del diablo; y toda la persona de Adán por aquella ofensa de prevaricación fue mudada en peor, según el cuerpo y el alma <sup>43</sup>. Fue expulsado del paraíso y, aunque la naturaleza humana quedó íntegra en su propio ser, encuentra desde entonces graves obstáculos para realizar el bien: con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres y en polvo te has de convertir <sup>44</sup>. Y contra el plan maravilloso de Dios, está el hombre pronus ad peccatum después de la primera caída, inclinado al mal.*

Algunas cuestiones relacionadas con la doctrina del pecado original han sido dejadas por el Magisterio a la libre discusión de los teólogos. Entre otras, la teoría —todavía no comprobada con certeza— del evolucionismo, en el sentido expuesto en la encíclica *Humani generis*. Sobre esta cuestión, puntualizaba Paulo VI recientemente a un grupo de teólogos, *la teoría del evolucionismo os parecerá inaceptable si no guarda una clara conformidad con la creación inmediata de todas y cada una de las almas humanas, y si no considera decisiva la importancia que, para la suerte de la humanidad, ha tenido la desobediencia de Adán, primer pa-*

---

(41) *Genes.* II, 8; (42) *Hebr.* II, 14; (43) sess. V, can. 1; (44) *Genes.* III, 19;



*dre universal* <sup>45-46</sup>. Pero cuando se trata de otra hipótesis —sigue enseñando el Magisterio de la Iglesia—, la del llamado «poligenismo», los hijos de la Iglesia no gozan de la misma libertad. Porque los fieles no pueden abrazar la sentencia de los que afirman o que después de Adán existieron en la tierra verdaderos hombres que no procedieron de aquél como del primer padre de todos por generación natural, o que Adán significa una especie de muchedumbre de primeros padres. No se ve en modo alguno cómo puede esta sentencia conciliarse con lo que las fuentes de la verdad revelada y los documentos del magisterio de la Iglesia proponen sobre el pecado original, que procede del pecado verdaderamente cometido por un solo Adán y que, transmitido a todos por generación, es propio de cada uno <sup>47</sup>.

#### TRANSMISIÓN DEL PECADO ORIGINAL

En efecto, es dogma de fe que el pecado original, realmente cometido por nuestros primeros padres en el comienzo de la historia, se propaga por generación a cada hombre que viene al mundo. El Concilio XVI de Cartago en primer lugar, y después los Concilios II de Orange, el Florentino y el Tridentino, así como numerosos documentos de los Romanos Pontífices, atestiguan la fe unánime de la Iglesia: *si alguno afirma que sólo a Adán dañó su prevaricación, pero no también a su descendencia; o que solamente, por un solo hombre, pasó a todo el género humano la muerte —que ciertamente es pena del pecado—, pero no también el pecado, que es la muerte del alma, atribuirá a Dios injusticia, contradiciendo al Apóstol que dice* <sup>48</sup>: «por un solo hombre, el pecado entró en el mundo y por el pecado la muerte, y así a todos los hombres pasó la muerte, por cuanto todos habían pecado» <sup>49</sup>.

Hay una misteriosa solidaridad de todos los hombres en Adán, de modo que *todos los hombres que de Adán nacemos pueden considerarse como un solo hombre, en cuanto que todos convienen en la misma naturaleza recibida del primer padre. Lo mismo ocurre precisamente en las comunidades civiles, donde todos los hombres pertenecientes a la misma comunidad forman*

(45) cfr. Concilio de Trento, sess. V, can. 2; (46) *alloc.* 15-VII-1966; (47) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; cfr. Paulo VI, *alloc.* 15-VII-1966; (48) *Rom.* V, 12; (49) Concilio II de Orange, can. 2;

como un solo cuerpo, y la comunidad entera como un solo hombre<sup>50</sup>. La solidaridad de gracia que unía a todos los hombres en Adán antes de la desobediencia original, se transformó en solidaridad en el pecado. Los teólogos, ilustrando el dogma, suelen explicar que la *justicia original*, divinamente conferida al primer hombre, era un don de gracia para toda la naturaleza humana. Pero el primer hombre la perdió por el primer pecado. Por esto, de la misma manera que se hubiera transmitido a los descendientes la *justicia original*, se ha transmitido en cambio el desorden<sup>51</sup>.

También el Concilio Vaticano II ha reafirmado esta creencia de la Iglesia y, con fines pastorales, se ha referido varias veces al pecado original: en la Constitución dogmática *Lumen gentium*<sup>52</sup> y, sobre todo, en la Constitución pastoral «*Gaudium et spes*», con la que el Concilio ha afrontado y ampliamente desarrollado el tan esperado e importantísimo tema «de *Ecclesia in mundo huius temporis*». No es de maravillar, por tanto, decía Paulo VI en una audiencia especial a un grupo de teólogos, que el documento, hablando en su parte introductoria de las condiciones del hombre en el mundo contemporáneo, ponga de relieve las tristes consecuencias del pecado original, denunciadas ya por el Apóstol, con términos vivos y eficaces, en la Epístola a los romanos; aunque el Concilio, siguiendo el ejemplo del mismo San Pablo, no presenta el pecado original como la única fuente de mal en la humanidad. Se lee, en efecto, en la Constitución: «en realidad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. De una parte, por ser criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría

---

(50) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 81, a. 1; (51) *ibid.*, a. 2; (52) cfr. const. dogm *Lumen gentium*, n. 2;



llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad»<sup>53</sup>. Con términos explícitos, la misma Constitución, en el capítulo I (De humanae personae dignitate), refiriéndose tácitamente al Génesis (cap. 3) y a la doctrina del Concilio de Trento, atribuye al pecado del primer hombre la fuente principal del desorden moral existente en la humanidad, declarando: <sup>54</sup> «Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, abusó de su libertad en el propio exordio de la historia, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios»<sup>55</sup>. Así pues, la enseñanza unánime de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia es que el pecado del primer hombre se transmite a todos sus descendientes, no por vía de imitación, sino de propagación; «*inest unicuique proprium*» (reside en cada uno como propio), y es «*mors animae*», esto es, privación y no simple carencia de santidad y de justicia, incluso en los niños recién nacidos<sup>56-57</sup>. Es también dogma de fe que una sola criatura, la Beatísima Virgen María, fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano<sup>58</sup>.

#### LA PROMESA DE REDENCIÓN

Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; animad a Jerusalén y gritadle que se acabó su servidumbre y han sido expiados sus pecados<sup>59</sup>. Podía Dios haber dejado al hombre caído en su pecado, alejado eternamente de su amor y sujeto a la servidumbre del diablo. Pero, por Bondad infinita y libre, quiso restaurar el orden quebrantado y sacar de todo el mal de Adán bienes mayores. Por eso, cuando impuso a nuestros primeros padres el castigo de su rebelión, anunció también, encarándose con el diablo, la promesa de redención: *pongo perpetua enemistad*

(53) const. past. *Gaudium et spes*, n. 10; (54) *ibid.*, n. 13; (55) Paulo VI, *alloc.* 15-VII-1966; (56) cfr. Concilio de Trento, sess. V, can. 2-3; (57) Paulo VI, *alloc.* 15-VII-1966; (58) Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854; (59) *Isai.* XL, 1 y 2;

entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo. Este te aplastará la cabeza, y tú le morderás a él el calcañar<sup>60</sup>. La infidelidad del hombre no hace cesar la benevolencia de Dios, sino que acentúa aún más la gratuidad de todos sus dones. La expulsión del paraíso terrenal, aunque señala el fin de una familiaridad habitual de Dios con los primeros padres, no puso fin a las solícitas intervenciones de Dios, que busca siempre la salvación del hombre. La historia humana continúa siendo la historia de la misericordia y del amor divino.

Quiso sin embargo el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente. Eligió como pueblo suyo al pueblo de Israel, con quien estableció un pacto, y a quien instruyó gradualmente manifestándosele a Sí mismo y sus divinos designios a través de su historia, y santificándolo para Sí. Pero esto lo realizó como preparación y símbolo del nuevo pacto perfecto que había de efectuarse en Cristo, y de la plena revelación que había de hacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne<sup>61</sup>. En cumplimiento de su promesa, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción<sup>62</sup>. Y éste tuvo hambre y sed, sintió el dolor y lloró y sufrió todas las demás calamidades del cuerpo. Finalmente fue crucificado, muerto y sepultado, y resucitó al tercer día; luego, habiendo conversado con sus discípulos, el día cuarenta subió a los cielos<sup>63</sup>.

Innumerables veces da San Pablo testimonio de que la Encarnación, Muerte y Resurrección de Jesucristo, nos ha reconciliado con Dios librándonos de la servidumbre del demonio, del pecado y de la muerte. Gracias a una misteriosa solidaridad entre Cristo y la humanidad pecadora<sup>64</sup>, los méritos infinitos del Señor han satisfecho por nosotros y para siempre a la justicia divina. Consciente de esta gozosa realidad, San Pablo lo anuncia a todos los hombres: *vosotros, que en otros tiempos estabais ale-*

---

(60) Genes. III, 15; (61) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 9; (62) Galat. IV, 4 y 5; (63) Concilio I de Toledo, *Símbolo de fe*; (64) cfr. I Cor. I, 9;



*jados de Dios, os habéis puesto cerca por la sangre de Jesucristo* <sup>65</sup>: *habéis sido comprados a gran precio* <sup>66</sup>. Porque así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte..., así también la justicia de uno solo ha merecido a todos los hombres la justificación que da vida. Pues a la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán muchos constituidos justos <sup>67</sup>.

#### EL BAUTISMO

La justificación, según enseña la Iglesia, es el paso de aquel estado en que el hombre nace hijo del primer Adán, al estado de gracia y «de adopción de hijos de Dios» <sup>68</sup> por el segundo Adán, Jesucristo Salvador nuestro; un paso, ciertamente, que después de la promulgación del Evangelio, no puede darse sin el lavatorio de la regeneración o su deseo, conforme está escrito <sup>69</sup>: «si uno no hubiere renacido del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios» <sup>70</sup>. San Pablo había ya declarado la necesidad del bautismo para participar en la muerte y resurrección de Jesucristo, con la que somos reconciliados con Dios. En el bautismo —escribe a los romanos— *hemos quedado sepultados con El muriendo al pecado, a fin de que así como Cristo resucitó de muerte a vida para gloria del Padre, así también nosotros caminemos en novedad de vida...* Nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con El para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos más al pecado. Pues quien ha muerto queda ya justificado del pecado. Y si nosotros hemos muerto con Jesucristo, creemos que viviremos también juntamente con Cristo, sabiendo que Cristo resucitado de entre los muertos no muere ya otra vez, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre El... Así pues, considerad vosotros que estáis muertos al pecado, y que vivís ya para Dios en Jesucristo Señor nuestro <sup>71</sup>.

Por el bautismo se nos aplican individualmente los infinitos méritos de Cristo; pero la justificación que nos alcanza no es sólo remisión de los pecados, sino también santificación y renovación del hombre interior, por la voluntaria recepción de la

(65) *Ephes.* II, 13; (66) *I Cor.* VI, 20; (67) *Rom.* V, 12-19; (68) *Rom.* VIII, 15; (69) *Ioann.* III, 5; (70) Concilio de Trento, sess. VI, cap. 4; (71) *Rom.* VI, 4-11;

gracia y de los dones; de donde el hombre se convierte de injusto en justo, y de enemigo en amigo<sup>72</sup>; es nuevamente hecho hijo de Dios, llamado a contemplarle cara a cara.

El bautismo perdona totalmente la culpa y la pena del pecado original y de los pecados personales que pudieran haberse cometido antes de recibirlo, de modo que *aquellas almas que, después de recibido el sacro bautismo, no incurrieron en mancha alguna de pecado... son recibidas inmediatamente en el cielo*<sup>73</sup>. Pero no libra de los efectos penales del pecado: el hombre sigue sujeto al error, a la concupiscencia<sup>74</sup> y a la muerte; y, aunque la naturaleza humana caída puede hacer sin la gracia algunas obras naturalmente buenas<sup>75</sup>, no puede evitar sin especial privilegio todos los pecados veniales<sup>76</sup>. Redimida el alma por el bautismo, *con todo, suspiramos en lo íntimo del corazón, aguardando el efecto pleno de la adopción de los hijos de Dios, esto es, la redención de nuestro cuerpo*<sup>77</sup>. La fe católica nos enseña que esto sucederá al final de los tiempos, *cuando el Señor venga revestido de majestad y, acompañado de todos sus ángeles*<sup>78</sup> *y, destruida la muerte, le sean sometidas todas las cosas*<sup>79-80</sup>. Hasta entonces, la Iglesia «*va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios*»<sup>81</sup>, *anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que El venga*<sup>82</sup>. Se vigoriza con la fuerza del Señor resucitado, para vencer con paciencia y caridad sus propios sufrimientos y dificultades internas y externas, y descubre fielmente en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al fin de los tiempos se descubra con todo esplendor<sup>83</sup>.

(72) Concilio de Trento, sess. VI, cap. 7; (73) Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo*; (74) cfr. Concilio de Trento, sess. V, can. 5; (75) cfr. Clemente XI, const. dogm. *Unigenitus*, 8-IX-1713; Pío VI, const. *Auctorem fidei*, 28-VIII-1794; (76) cfr. Concilio XVI de Cartago, can. 7; Concilio de Vienne; Concilio de Trento, sess. VI, cap. 11; Inocencio XI, const. *Coelestis pastor*, 20-XI-1687; (77) *Rom.* VIII, 23; (78) cfr. *Matth.* XXV, 31; (79) cfr. *I Cor.* XV, 26 y 27; (80) Concilio Vaticano II, cont. dogm. *Lumen gentium*, n. 49; (81) San Agustín, *De civ. Dei*, 15, 26 y 27; (82) cfr. *I Cor.* XI, 26; (83) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 8.